LA ELMIRA
ó
LA AMERICANA.

TRAGEDIA
EN CINCO ACTOS.

Antonio Valladares y [illegible]

Voltaire - Alzira

Se hallará en Valencia en la imprenta y librería de los ciudadanos DOMINGO *y* MOMPIÉ, *calle de Caballeros, nº 48.*

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elmiraolaamerica00unse

ELMIRA

Ó LA AMERICANA.

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS.

VALENCIA:
IMPRENTA DE DOMINGO Y MOMPIÉ.
1820.

ACTORES.

Europeos. { ÁLVARO GUZMAN, *padre de*
TELLO GUZMAN, *amante de*

Indios. { ELMIRA, *hija de*
MOZOCO, *cacique indio.*
MACOYA, *indio, prometido e*
so de Elmira.
ITOPALIN, *confidente de Maco*
DELTA, *confidenta de Elmira*

VARGAS, *capitan español.*
Indios y soldados españoles.

La escena se representa en la ciuda
Lima.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

npiña dilatada y frondosa con varios cocos, mas, y otros frutales silvestres esparcidos lo mas retirado del foro. Itopalin y varios ios colocados indistintamente, y en la apti- que muestran su abatimiento y desespera- n. Mozoco se presenta al abrir la escena y los contempla un instante antes de hablar.

zoc. He aquí el hombre: indomable y ergulloso
la prosperidad, el mas ligero
lpe del infortunio le anonada.
migos ¿qué afliccion, qué dolor nuevo
ate vuestras almas? ¿Qué temores
nden vuestro valor? ¿El duro ceño
la desgracia aterraría acaso
indio fuerte? No: los europeos
tal flaqueza de nosotros cuenten;
ncidos, no cobardes nos mostremos.
lin. Ay Mozoco! No son sus fieras diestras
que el altivo espíritu rindieron
peruano intrépido y sufrido:
ímos vencidos, sí, mas nuestro esfuerzo
arte de vencer no se ha olvidado,
n otro sol los vencedores nuestros
rrian el pie del indio rudo,

721643

cuyo valor desprecian altaneros.
Mas no place á los dioses que así sea.
Desrojadas sus aras, este suelo
por siempre abandonaron, ya la saña
y la codicia por jamás se dieron.
Lleváronse la paz y la alegría,
y en guerra, en llanto y en tristeza envue
el ay de muerte y servidumbre solo
vendrá á llenar este vacío inmenso.
En medio de la suerte que sufrimos,
nos halagó tal vez algun momento
la esperanza que en ti depositamos.
Mas ella huyó tambien: al grave peso
del mal, cedió la resistencia tuya;
y su violencia, prepararte vemos
á recibir el ominoso yugo
que debieras huir á todo riesgo.
Débil ó seducido por sus artes
el mando cambias en servil respeto;
y cuando darles tú la ley pudieras,
obedeces la ley que dictan ellos.
¿Tus ídolos, tu patria, tus vasallos,
tu trono, y aun tu gloria, al Europeo
vendes, por una paz tan vergonzosa;
y extrañas ver en nuestra frente el sello
del rubor y dolor? Pues tú nos faltas,
pues tú con tan injusto abatimiento
á sufrir el oprobio nos enseñas,
déjanos hoy que nuestro mal llorémos.
Mozoco. No mi valor, Itopalin, injuries,
equivocando alucinado y ciego
la flaqueza y temor con la prudencia.

El fuerte Dios que rige el universo,
á cuya voz el mar frena sus iras,
el término falló de nuestro imperio,
y nuestro imperio terminó. No creas
que llegó á sosprenderme este suceso,
porque en el órden que notaba en todo
prevía esta mudanza desde léjos;
y temiéndola siempre me enseñaba
á dar la ley y obedecerla al tiempo.
Cierto de que es inevitable el daño,
á qué hacerle mayor con el empeño
de una desesperada resistencia?
Qué sirviera oponer al europeo
ese valle cubierto de soldados,
in mas defensa que sus duros pechos,
in otras armas que sus pobres flechas,
y sin otro saber que su ardimiento?
De llenar de horfandad estos paises;
de regar con la sangre de los nuestros
sos frondosos valles y campiñas,
y de irritar al vencedor soberbio
n daño de sus hijos y mugeres.
No, amigos mios: el caudillo cuerdo
i de sus armas huye la victoria,
eja la sombra del laurel funesto,
grangear la del olivo trata
ara salvar sus vidas y derechos.
valin. Y acaso dí, ¿será salvar las vidas
l vivir en infame cautiverio?
No: no, jamás; Mozoco no lo esperes,
uertos amigos, pero nunca siervos.
zoco. Y dónde está la servidumbre?

Itopalin. Dónde?
en nuestra confianza: en el exceso
de su codicia; en la flaqueza nuestra.
Mozoco. No lo temais: Alvar Guzman es buen
os ama á todos cual si fuerais hijos,
y la felicidad en este suelo
por mí y por él renacerá algun dia.
Itopalin. Nada podeis: á cargo está el gobier
de su hijo; es feroz, es orgulloso,
es inhumano....
Mozoco. Mas el jóven Tello
reverencia á su padre, y obediente
calma á su voz su impetuoso genio.
Itopalin. El anciano Guzman está en el borde
de su sepulcro ya; morirá presto,
y entonces cual torrente detenido
por fuertes diques, correrá sin freno
á donde sus pasiones le conduzcan.
Mozoco. Nada temais, amigos: ese riesgo
está previsto ya: Mozoco os ama
más que pensais; y á vuestro bien atento
su gloria y la ventura de su hija
corre á sacrificar por el bien vuestro.
Itopalin. Los Guzmanes se acercan.
Mozoco. Pues conmigo
retirate á ese bosque, y esperémos
que el padre quede solo.
Itopalin. Ya te sigo.

ESCENA II.

varo y Tello que llegan: Mozoco é Itopalin que se retiran al interior.

varo. Sí Tello, á tus servicios y mis ruegos
edió el monarca al fin, y á tu cordura
tu valor confia aquestos pueblos.
No su esperanza y mi esperanza burles
nalogrando en un dia, poco cuerdo,
l rico fruto de fatigas tantas.
lo. Yo conquisté, señor, aqueste reyno
irigido por vos: regirle aguardo
me guiaseis vos con el consejo.
aro. Sí, hijo mio, á tu lado mientras viva
i experiencia tendrás; conozco el riesgo
n que estás de abusar con mengua tuya
e aquesa autoridad. Si algun momento
ora por ti tu juventud fogosa,
o cuidaré templarla con el hielo
ue mis años pasaron á mi sangre.
n embargo, la muerte, amado Tello,
ıdiera fácilmente sosprenderme,
llegar de mis dias el postrero
tes que el arte de mandar adquieras;
evengámonos, pues, y graba al menos
á en tu corazon estos avisos:
'e, y procura aprovecharte de ellos.
os los extremos son en que peligra
alquiera autoridad: el de severo,
el de débil; procura pues huirlos.

Si una ley das, medítala primero;
mas dada ya, sostenla con firmeza
en honor de tu Rey y de tu empleo,
que el que tu ley desprecia impunemente
á despreciarte tiene ya derecho.
Jamás al oro ó al capricho vendas
tu rectitud, que el juez que por cohecho
solo una vez á sus deberes falta,
á faltar otras mil le obliga el miedo.
Igual con todos la justicia sea:
y ya que el pobre se ve ser obgeto
de la insolencia y altivéz del rico,
halle en ti su defensa por lo menos.
No te muestres tan rígido que puedan
odiarte por cruel: procura diestro
ser amado, mas nunca ser temido;
que el que temen no vive con sosiego
hasta perder á quien temores causa;
y procura lograrlo á cualquier precio.
Sé humano, sé cortés, y si deseas
el vicio corregir, da tú el egemplo.

Tello. Mil y mas de mil veces, padre mio,
repasaré tus sabios documentos
porque jamás de mi memoria salgan.

Alvaro. ¿Y no será mejor que estén impresos
en el alma? Sí, Tello, nada sirven
en la memoria tuya mis consejos
si no están en la práctica.

Tello. Mi norte
serán siempre, señor.

Alvaro. Así lo espero,
y porque recomiende tu conducta

un hecho generoso, manda luego
poner en libertad á cuantos indios
lloran la esclavitud. Corta sus hierros,
y bendigan hoy libres tu justicia,
si esclavos tu injusticia maldijeron.
llo. Libres, señor? ¿Olvidareis acaso
el evidente riesgo en que ponemos
este país apénas conquistado
de unos hombres audaces y violentos,
sin fe, sin gratitud, y sin principios
de generosidad? ¿Qué otros efectos
debemos esperar si quedan libres,
que los que su rencor y su despecho
es pueden sugerir? Los grandes triunfos
en todas las edades dependieron
de la ocasion, y si ésta malogramos,
otra mas ventajosa no esperémos.
La sorpresa venció su muchedumbre,
no nuestras fuerzas; su prestigio luego,
u pánico terror y su ignorancia,
us miras sediciosas contuvieron:
y el castigo despues impuesto á algunos
obró en todos un útil escarmiento.
Aun no es tiempo, señor, de que nos amen;
eman: y su temor nos pague el feudo,
que el medio que una empresa facilita,
iempre se reputó por el mas cuerdo.
varo. Detestable política, hijo mio,
que lloraron los mas que la siguieron.
Jamás anheles sumision forzada,
Porque hallando ocasion rompe su freno:
odo medio tiránico es odioso,

aunque se nos presente por remedio
de un incurable mal, y no es cordura
valerse del estrépito, pudiendo
lograr su curacion el lenitivo.
Parte, mi Tello, por principios justos,
que el Brazo Formidable en todos tiempos
en tu ayuda será: baste de sangre,
baste de estragos ya: no del derecho
de vencedor abuses, ultrajando
la dulce humanidad con mas excesos.
Libre ha nacido el hombre, libre sea.
No se diga jamás que el europeo
vino del norte á las indianas costas
á establecer el triste cautiverio.
A propagar la Religion Cristiana,
á sacar del error augustos pueblos,
y á labrar su razon hemos venido.
¿Y para conseguirlo nos valdremos
de la opresion, del robo y la violencia?
¿Qué idea ventajosa les darémos
de nuestra Religion, si por ministros
de su paz, de su amor y su Evangelio,
enviamos el fuego y el cuchillo?
¿Cómo su corazon ganar querémos,
si en lugar de inspirarles confianza
inspiramos terror? Huyen al vernos,
abandonan sus chozas, y en los montes
maldicen con razon nuestros excesos:
hasta las inocentes criaturas
alzan sus tiernas manos á los cielos,
pidiéndoles venganza de nosotros.
¿Y dudarás acaso que su ruego

ea atendido? No: que el fuerte rayo
iempre en favor del inocente opreso
lestruye al opresor, y acaso un dia..
)! no llegue jamás; desarma, Tello,
l brazo vengador, corre piadoso
alivia su pesar, rompe sus hierros,
no vuelva á escucharse en este clima
voz de esclavitud, sea el momento
eparador de sus desgracias todas,
cambiando sus ayes lastimeros
n cánticos de gozo: tus virtudes
ual yo bendigan sus festivos ecos.
lo. Señor, no debo el ser á un fiero tigre
ara desconocer los sentimientos
e humanidad y compasion. Soy hombre,
sensible nací; ni mi ardimiento,
el cruel egercicio de las armas,
onseguirán que olvide lo que debo
hombre desgraciado y afligido.
ompadezco su mal, lloro con ellos;
as ya que á la razon el culto mengua
pertinaz error, valerme debo
la amenaza, y aun del golpe mismo.
aro. ¿Y qué ley te concede este derecho?
oy reo acaso yo porque no preste
oido á la verdad? ¿Porque no quiero
der á tu opinion? ¿Porque me ofreces
beneficio y yo le menosprecio?
allas otro delito en estos indios?
ué temes que orgullosos y soberbios
etendan sacudir su triste yugo?
porque temas tú son reos ellos?

Y en fin, en el momento que deseas
celebrar con Elmira tu himeneo,
en el momento que su tierno padre
estrecha con tan dulce parentesco
la sincera amistad que nos profesa,
teñida en sangre de su mismo pueblo,
¿te atreverás á presentar tu mano
á la que solicitas con extremo?
No mas, corre, preséntate á los ojos
de esos indios cual ángel de consuelo,
no cual ministro de dolor y muerte:
hazte amar, y en su amor descansa luego.

Tello. Vos lo quereis, señor, y á vuestro gus
mi voluntad y mi opinion someto.
Sean en libertad: amigos mios

A los indios.

no mas dolor, cambiad el triste ceño
en ayre de placer y confianza.
Respirad: y jamás en este suelo
ay de pesar ni de opresion se escuche.
Himnos de libertad y de contento
resuenen solo; y para siempre el indio
y el español en vínculos estrechos
de paz y de amistad unidos queden.

Los indios mirándose pasan de su primera tuacion de tristeza á la de contento inesper do, y agradecimiento hácia Tello.

Sí, miserables: sí, llegad al seno
de vuestro protector, del dulce padre
de vuestros hijos: del esposo tierno

de sus madres; amadme cual yo os amo,
y se verán cumplidos mis deseos. *Los abraza.*
varo. Bendiga el Cielo tu obediencia, hijo,
y plázcale guiar por el sendero
de la virtud tus juveniles pasos:
siendo en todo delicia de estos pueblos.
llo. Venid, y en nombre mio y de mi padre,
levad á cuantos gimen hoy opresos
a paz y libertad: corred, salvadlos. *Vanse.*

ESCENA III.

Mozoco y Alvar Guzman.

varo. Llega, Mozoco, llega, y del exceso
le mi puro placer toma una parte.
zoco. De qué nace, Guzman?
varo. Mi noble Tello
l general indulto ha decretado;
consolando al afligido pueblo,
a á quebrantar con mano generosa
sa cadena vil con que el rebelde
le la sagaz política afligía
anto millar de ciudadanos buenos.
zoco. Será posible? *Arrebatado de placer.*
varo. Sí.
zoco. Dios de consuelo,
Dios de paz, que mis votos escuchaste,
al fin rompiste sus pesados hierros:
az que conozcan tu poder y gloria,
admiren y bendigan tus portentos.
varo. Sí hará, que de paises tan lejanos

solo con ese fin pudo traernos
su benéfica mano. Pero dime,
Qué es de Elmira? ¿Corona mis deseos
y los tuyos? Mi alma tranquiliza.

Mozoco. No cabia, Guzman, en su respeto
y el amor que me tiene, que á mi gusto
dejára desairado por mas tiempo.
Oyó mi voz, y á la coyunda ofrece
sumisa mas que amante, el dócil cuello.
No lo extrañes: sus lauros ha manchado
con sangre nuestra el victorioso Tello,
y en la memoria y corazon de Elmira
dura aun el fatal resentimiento
de aquella crueldad: pero yo aguardo
que la razon de estado y mis consejos
le sabrán disipar, y que en terneza
vendrá á cambiar su irreprensible ceño.
Todo se debe á tu virtud, amigo,
no á vuestras armas: nuestro puro afecto
con ella grangeaste, y por tu gusto
Elmira y yo, gozosos morirémos.
Por ti los dioses nuestros abjuramos,
por ti dejamos sin pesar el reyno,
y hasta el hogar dichoso en que nacimos
si á ti te place abandonar sabrémos.

Alvaro. Para acabar mis dias venturosos
en pura paz y gozo sempiterno,
solo me resta ver en dulce lazo
unida Elmira á mi querido Tello.
Sí, Dios omnipotente, pues quisiste
hacerme de tus glorias instrumento,
y que al través de mares borrascosos

ondujera tu luz á este emisferio:
ye mi ardiente súplica, y bendice
sta primicia de mi amor paterno. *Vase.*

ESCENA IV.

Mozoco y Elmira que llega.

ira. Piedad, señor! con lágrimas de fuego
la llego á pedir. Si amais la vida
Elmira, revocad vuestro decreto.
oco. Qué dices?
ira. Perdonad: el alma mia
puede amar al pérfido europeo
e me quitó un esposo que adoraba.
, padre, me esforzaba á complaceros:
en lo sabe este Dios que me habeis dicho,
e penetra mis íntimos secretos;
queria á mi tálamo admitirle,
le queria amar, os lo confieso:
s la cruel memoria noche y dia
resenta á mis ojos soñolentos,
europeo tigre, transpasando
mil heridas de Macoya el pecho.
ora... en este instante... en este sitio...
infeliz en su agonía veo
rder la tierra que empapó su sangre...
sí, miradle... vedle despidiendo *delira.*
y rabioso de terrible muerte.
lle: » Padre! Elmira! Justo Cielo!
cor sin fin y maldicion á todos:
gadme, dice, y moriré contento."

Mozoco. Calma, hija mia, tu feroz transport
y no con ese cuadro tan funesto,
que tu razon enferma ha bosquejado,
aflijas mas los corazones nuestros.
La suerte de Macoya mas felice
será tal vez, Elmira, que creemos:
pues el dia fatal de la batalla
desapareció con los vencidos restos
de las tropas que el mismo acaudillaba,
y debemos creer que en otro suelo
salvaron todos sus preciosas vidas.
En fin, sea Macoya vivo ó muerto,
libre dejó tu mano y tu alvedrío,
y á tu salud, la mia y de tu pueblo
debes sacrificarlo: considera
que Tello es vencedor, que te ama Tello,
y á Tello por esposa te he ofrecido.

Elmira. Mas Tello, padre, nos usurpa el re
y de viudéz, y de horfandad y llanto
cubrió mi patria.

Mozoco. Paz vino á traernos:
si nosotros la guerra preferimos,
y la guerra produjo esos efectos,
no suya, nuestra solo fue la culpa.
¿Por qué tú, Elmira, has de mirarle reo?

Elmira. Porque lo es á mis ojos, padre mio:
Sin él, yo te veria en trono regio
dando leyes á todos tus vasallos;
sin él, jamás de lágrimas cubiertos
mis ojos fueran: y sin él, mis dias
de gozo á un tiempo y de inocencia llenos,
con vos y con Macoya se pasaran.

El en mi corazon será el funesto
orígen de mis penas y desgracias,
del odio mio y mi desden objeto.
ozoco. ¿ Así pagas, ingrata, la fineza
con que ese jóven toleró tu ceño?
Así compensas la constancia suya?
Es este, dime, el señalado premio
debido al hombre que mandarte puede,
y usa contigo del humilde ruego?
debido al hombre que su esposa te hace,
pudiéndote humillar al duro extremo
de su esclava? No, Elmira, tal fiereza,
o tal ingratitud quepa en tu pecho:
l merece tu amor: por ti tan solo,
or ti y tu padre corre este momento
dar la libertad á los cuitados
ue gemian en duro cautiverio.
or ti y por mí juró solemnemente
az y pura amistad á nuestro pueblo:
or ti y por mí la vida ha concedido
cuantos alevosos y soberbios
ontra la suya misma conspiraron.
ué mas finezas quieres de este Telló?...
Y sacrificarás á tu delirio
bien, el tuyo, y de tu padre tierno?
Querrá tu obstinacion que en odio y saña
mbien tan generosos sentimientos?
n fin, unirte á él has prometido
te este mismo Dios, á quien has hecho
bitro de tu suerte; lo juraste
tu padre tambien; y si al respeto
taras de tu Dios y de tu padre,

ay de Elmira!

Elmira. Señor! *Arrojándose á sus p*

Mozoco. Cuánto me duelo *Aparte.*
de su llanto y pesar!

Elmira. Cuál es mi suerte?

Mozoco. Levanta y no me enojes.

Elmira. Ah! primero *Besándole la m*
deje yo de existir. Pero decidme:
¿dónde está aquella paz y bien inmenso
que á mi agitado espíritu ofreciais
si abjuraba mis ídolos cruentos?
¿Qué es de la clara luz que mis potencias
habian de cobrar en el momento
que al Dios de los Guzmanes conociera?
Ya, señor, le conozco y reverencio:
sus aras baño con el llanto mio;
sus benéficas leyes obedezco:
le invoco, sí, y en mi favor le llamo:
mas en mi misma ceguedad me encuentro:
y mi razon y mis potencias todas
Sufren igual desórden que sufrieron.
La agitacion, la angustia, los temores,
la desesperacion, el odio fiero,
todo, todo me aflige, y aun la vida,
la vida misma con horror tolero.
No veo mas que odiosa tiranía,
violencia, engaño, iniquidad, exceso,
codicia, seduccion, bajeza, orgullo,
crímen, crímen!... no mas.

Mozoco. ¡Dios en quien creo,
Dios en quien cree mi adorada Elmira,
socorre su razon!

lmira. No de tu ceño,
de tu piedad, señor, digna soy sola.
Ah! no, no me abandones al exceso
de mi pasion: sostenme en mi flaqueza,
y fortaléceme con tu consejo.
ozoco. Entrégate, hija mia, á un tierno padre,
que en ti se goza, y á tu bien atento,
en tu felicidad solo se ocupa.
Descanse en él tu corazon inquieto;
y si triunfar de esta pasion deseas,
piensa no mas en que es tu esposo Tello.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

misma campiña que en el primer acto. Macoya, Itopalin y varios indios.

coya. O fortunado sol! cuán luminoso
mí te ofreces en aqueste dia,
espues de tantos que en eterna noche
só mi esclavitud! Ya la ojeriza
e los dioses cesó: su oculta mano
nó los duros hierros que oprimian
estros robustos brazos. Pero dime:
é es de Mozoco, amigo? qué es de Elmira?
ven? gimen tambien en servidumbre?
alin. No, Macoya: la fiera tiranía
nuestro Vencedor, ha respetado
padre en la hermosura de la hija.

Libres son, mas privados de aquel trono
que el patrimonio fue de su familia
por una larga infinidad de soles,
siguen la ley que el Europeo dicta.

Macoya. Y lo sufrís vosotros? Oh! mal haya
mil veces tan infame cobardía!
¿Tanto terror os causa el enemigo?
¿Tan poco aliento al Peruano inspira
su amor á sus legítimos Señores?
¿Con tal flaqueza la cerviz altiva
ofrece al yugo que imponerle quieren?
Oh! nunca, nunca el Europeo diga
tan baja infamia del feroz Macoya!
Libre estoy ya del hierro que tenía
mi diestra en opresion. Libre la Patria
sea por mí tambien; y de este clima
donde pensó fijar su infame trono,
desterrada será la tiranía.

Itopalin. No ultrajes mi valor y el de estos In
que disfrazan su saña vengativa
con la aparente paz de su semblante:
valientes como tú, de la ignominia
jamás sufrimos el infame sello:
prudencia, no una baja cobardía
ha sido dilatar nuestra venganza,
que frustrada por poco detenida,
nuestra fatal ruina ocasionase.
El sagaz enemigo defendia
su usurpacion con armas ventajosas,
que las nuestras inútiles hacian.
Dentro de estas murallas que ha inventado
el miedo, y adoptó la cobardía,

dia y noche sus tropas acuartelan,
de trecho en trecho centinelas fijan,
y armadas duermen sobre el fuerte escudo.
¿Cómo, pues, sorprenderlas ni rendirlas?
coya. Muriendo, Itopalin: ninguna empresa
es antes de intentada, conseguida;
y las que mas obstáculos ofrecen
ceden tal vez mas presto á la osadía.
Mientras nuestra ignorancia al Europeo
creyó inmortal, ¿acaso le temia?
Mas hoy que ya sabemos que son hombres,
menguа será temer su valentía.
Y en fin, entre sufrir sus duras leyes,
cubiertos de rubor y de mancilla,
o morir defendiendo nuestra gloria,
vuestro valor ó vuestro miedo elija.
palin. ¡Ninguno tan cobarde, que prefiera
una gloriosa muerte, infame vida!
coya. Mi espíritu llenasteis de consuelo,
y de vigor el ánima caida.
palin. Resuelve, y mándanos.
coya. Sí, mis amigos:
en patria nos hallamos este dia,
en Dios, sin libertad, y sin derechos:
dejados á la bárbara codicia
de esa gente feróz nuestros hogares:
en los bosques y grutas mas sombrías
como indómitas fieras habitamos,
y aun en ellas acaso nuestras vidas
poco seguras estarán mañana.
Vuestros hijos, mugeres y familias
en miseria y dolor sumidas vemos,

temiendo siempre que su saña impía
en la clase de esclavos miserables
quiera pasarnos á remotos climas.
Ah! no esperemos tan cruel momento:
antes que crezca mas su tiranía,
arranquemos sus débiles raices,
y no demos lugar á que extendidas,
hagan despues inútil nuestro esfuerzo,
y tarde ya lloremos nuestra ruina.

Itopalin. Ordena pues, y cuenta con nosotros.

Macoya. En tanto que yo logro vér á Elmira
y con sagacidad y diligencia
me informo de las fuerzas enemigas,
tú parte á reunir en este bosque
cuantas huestes hallares esparcidas
en esas selvas, montes y cabernas:
arma su brazo y su flaqueza anima.

Itopalin. Destansa en mi valor.

Macoya. En la tardanza
el riesgo suele estar; partid aprisa.

Van á partir.

ESCENA II.

Dichos y Álvaro.

Álvaro. Esperad: con vosotros, mis amigos,
vengo á congratularme en este dia
de paz y de placer. ¿No sois, decidme,
los que en amarga esclavitud gemiais?

Macoya. Sí, en una injusta esclavitud gemimos
injustos hierros, sí, nos oprimian,

injustos fueron nuestros opresores.
aro. Mas ya libres estais; y su injusticia
l cielo solo toca castigarla,
nosotros llorarla y sufrirla.
coya. Así lo harán las débiles mugeres.
aro. Y el prudente guerrero deberia
acerlo así tambien, porque no siempre
lo mejor lo que el valor nos dicta.
De qué, dime, sirviera que vosotros
marais vuestras diestras ofendidas
ntra vuestro opresor? Tansolamente
e empeorar los males que os afligen,
acaso, acaso hacerlos incurables.
coya. Nuestro designio oyó.
Aparte á Itopalin.
aro. Los que afligian
er vuestra existencia, ya acabaron;
otros mayores que el temor os pinta
llegarán jamás, si la franqueza
la amistad nuestras acciones guia.
oya. ¿Quién eres, noble anciano, que así tratas
evitar nuestro daño?
aro. Quien aspira
vuestro solo bien.
oya. Siendo Europeo?
aro. Sí, que mi Dios y religion me inspiran
ar hasta mis propios enemigos,
estarles un consuelo en sus desdichas,
guiarles al bien con mi consejo.
oya. Tu Dios?... Tu religion?
aro. De qué te admiras?
oya. Y es este mismo Dios el de los tuyos?

Alvaro. El mismo, sí.
Macoya. Pues cómo tanto dista
lo que ellos hacen de lo que les manda?
¿Hay robo, hay crueldad, hay tiranía,
y en fin, hay un exceso de los muchos
que dicta el odio y manda la codicia,
que no hayan cometido impunemente?
Luego es otro su Dios: ó su doctrina
es otra en ti que la que siguen ellos.
Alvaro. Uno es el Dios de todos, y una mis
es su doctrina, amigos; mas no todos
guardan la ley que para todos dicta.
Sujeto el hombre á sus pasiones duras,
desconoce á su Dios, la ley olvida,
y al crímen y al horror llevarse deja,
como los Européos que acriminas.
Mas tú no debes confundir con ellos
á los que consolaron sus desdichas:
Ama á los malos, por premiar los buenos.
Macoya. Tienes tú una virtud tan peregrina?..
Alvaro. Solo puedo decir, que por los tuyos
en todo trance perderé la vida,
por pagar la que debo á un jóven indio.
Ah! cuál fue su virtud!
Macoya. Será mi dicha?...
Es Alvaro tu nombre? no me engañes.
Alvaro. Sí: mas por qué saberlo solicitas?
Macoya. Cuándo y cómo la vida le debiste?
Alvaro. En medio de un combate, por desdi
perdí mi espada á tiempo que los mios
derrotados, en fuga se ponian.
Llega á mí un indio, y cuando yo esperab

que dese fin á mis gloriosos dias,
ive, me dice, vive, pues depende
le mí solo que mueras ó que vivas.
Vuelve á tu campo libre, y á los tuyos
irás, que no nos es desconocida
generosidad como ellos creen,
que jamás se ceban nuestras iras
n la sangre de un hombre desarmado.
bsorto de escuchar su gallardía,
lvaro soy, le respondí, y entonces...
coya. Padre!...
aro. Qué dices?...
coya. Padre!...
aro. Qué? serias
aso el jóven que buscaba ansioso?
coya. Hijo tú me llamastes aquel dia,
cual hijo te amé.
aro. Dios en quien creo!
es este gozo á mi vejéz destinas,
no quiero otro bien.
oya. Ah, Padre mio!
por ventura tus virtudes mismas
illáran en aquesos Europeos,
án fácil hallarian la conquista
este pais, y aun de las almas nuestras!
; libertad, amor, riquezas, vidas,
da, nada os negáran estos Indios,
quienes sobra lo que no codician.

Con rencor.

as son viles, traidores, sanguinarios!...
rdóname si tuve la osadía
hablar así: mi corazon los odia

con la misma razon que á ti te estima.

Con rabia.

Y al contemplar la suerte de Mozoco....
mi corazon en lágrimas de ira...

Se calma.

sale á los ojos!.. Ay! nada te espante;

Con ternura llorando.

es bueno como tú, y adoro á Elmira.

Alvaro. Llora, que en esas lágrimas ostentas
la grandeza de un alma compasiva.
Los fieros, los ingratos nunca lloran;
porque entregados solo á su desdicha,
jamás de las agenas se adolecen,
erigidos en duros egoistas.
Mas no llores la suerte de Mozoco:
felice pasa sus gozosos dias
en perdurable paz, eterna calma;
Elmira y yo formamos sus delicias.
Ya el indio llama al europeo, hermano:
un mismo Dios á todos nos inspira,
un mismo techo nos abriga á todos;
y lejos de este suelo la impropicia
y asoladora guerra, con su manto
la benéfica paz cubre este clima.
Sí, hijo mio, cumplió mis tiernos votos
el Dios de la verdad, y en este dia,
porque nada faltase á mi deseo,
te trajo á ti, para colmar mis dichas.

ESCENA III.

Dichos, menos Alvaro.

oya. Dioses! ¿qué anciano es este, cuyo aspecto
paso que me llena de delicias,
edo ó respeto á mi valor infunde?
, amigo: ¿por ventura creerias
e su virtud calmase en un instante
encendido furor? ¡O peregrina,
ıdmirable virtud! No hay una fiera
e á tu agradable imperio se resista.
que ha un momento que beber ansiaba
ı hidrópica sed la sangre impía
esos sañudos monstruos; que agitado
las atroces furias, me reía
la contemplacion de los tormentos
e preparaba á sus infames vidas;
su virtud y su bondad sensible
fria calma convirtió mis iras.
lin. Alvaro se hizo amar por sus virtudes;
o temer acaso deberias,
bajo de esta dulce mansedumbre
onda las ideas fementidas
esclavitud y muerte.
ya. No lo temas:
nas acrisolada hipocresía
basta á disfrazar por mucho tiempo
nsolente maldad. En él se mira
ayre de candor. En fin, amigos,
por anticipar un solo dia

su destruccion, á la venganza nuestra
procedamos tal vez con injusticia.
Sepamos su conducta: penetremos
si dable fuese, sus ocultas miras;
y si dobléz en su amistad hallamos,
entonces vengaremos su perfidia.
Entre tanto velad sobre vosotros.
Y tú, sin que despiertes la milicia
de nuestros enemigos, solamente
de reunir nuestros parciales cuida.

Itopalin. Mozoco llega.

Macoya. Pues partid vosotros.

ESCENA IV.

Macoya y Mozoco.

Macoya. Cuánto placer le causará mi vista!
Mozoco!... *Corre á él precipitad*

Mozoco. Dioses!... Eres tú Macoya?...
Sorprendido retrocede.

Macoya. Sí, fiel amigo; de la tumba fria
mano invisible con piedad me arranca,
y á ti me vuelve á unir. Ah! qué de acíba
me hizo beber mi rigurosa suerte
desde el fatal y lastimoso dia
que de mi tierna Elmira me arrancaron!
Dia de crueldad y de perfidia,
dia de horror, de llanto y amargura,
dia el mas negro de mis negros dias!
En una estrecha y lóbrega caberna,
agoviado de hierros y fatigas,

ıfriendo escarnios y arrostrando injurias,
e pasado hasta hoy una continua,
na horrorosa muerte, contemplando
mi mejor amigo y á su hija
ı fiera servidumbre! pero dime:
ıál es hoy vuestra suerte? Sufre Elmira?
ace en esclavitud? Saca á Macoya
e tal incertidumbre. ¿Necesitas
e mi valor? aun vivo; y esta diestra
illares de guerreros acaudilla,
ıe la ley del tirano desconocen.
oco. Ah Cacique infeliz! la muerte misma
ti va huyendo, y tú en su busca corres;
vano tu furor te precipita,
en vano tratas de evitar los males
e sucedieron ya: la suerte mia
la de Elmira, son las que marcadas
sabia Providencia nos tenia.
ımplidas son, y entrambos resignados
vimos sin pesar y sin envidia.
oya. O, yo feliz, que os hallo tan felices!
ımos á verla, amigo: con su vista
gozo colma, y mi temor aquieta.
oco. Ya no es tiempo, Macoya, de que Elmira
tus ojos, ni tu voz escuche.
ya. No es tiempo?... Cómo!...
ço. En vano el hombre aspira
borrar el destino que le cabe.
tuyo quiso conservar tu vida,
no bastaron los mayores riesgos
ontrastar lo que falló algun dia.
suyo vuestro enlace ha reprobado,

y por sendas á ti desconocidas,
de tu lecho por siempre la separa.

Macoya. Qué dices? Ah! tan bárbara perfidi
cabria en su candor?...

Mozoco. No la acrimines:
Ella te fue leal. Lloró afligida
por mucho tiempo tu supuesta muerte,
y aun ilusa adoró tu sombra misma;
pero despues...

Macoya. Acaba, di: corona
con una sola, todas mis desdichas.
Tiene otro esposo?

Mozoco. Aun no; mas por desgracia
con mi gusto se ve comprometida.

Macoya. Y tú pudiste?...

Mozoco. Te creimos muerto,
y en nada mi promesa te ofendia.

Macoya. Mas ya que vivo estoy, y ante los Di
me fue por ti su mano prometida,
tu segunda promesa nada vale.

Mozoco. ¿Qué importa, si me fuerzan á cump
la razon y el poder?

Macoya. No tales nombres
des á la conveniencia y tiranía.

Mozoco. Siempre fue justa ley para el venci
la voluntad del vencedor. Si estimas
á tu Patria, á tu amigo, y á tu amada:
no la ventura de los tres impidas
inútilmente. Cede á tu destino.

Macoya. ¿Yo ceder á ese bárbaro la dicha
que otorgada me fue por tantos años,
y que por tantos títulos es mia?

No : jamás : en el alma de Macoya
o cabe tal bajeza. Siempre digna
e sí y los hombres, olvidar pensaba
s ofensas que lloro, recib das
or amor á un anciano virtuoso;
as hoy que nueva injuria resucita
i apagado rencor, todo respeto
da al placer de la venganza mia.
oco. Qué no ves el poder de tu enemigo?
oya. Dónde está ese poder que tanto admiras?
n la imaginacion de los cobardes,
e da cuerpo á su propia fantasía.
nsiste tu poder en esas armas,
yo fugáz estrépito algun dia
s que su estrago, intimidarme pudo?...
stá en las fieras que ellos domestican
a huir mas veloces? ¿En el arte
engañar á las huestes enemigas,
n ostentar que son invulnerables
riéndose de láminas lucidas
hierro duro ó de bruñido acero?
poder, Mozoco, no intimida
quien sabe que el modo de vencerles
el menospreciar su valentía.
co. Cuán en vano devoras tus entrañas
ese fuego que el rencor te inspira!
as contra el Cielo, y ese Cielo
uerzas y valor inutiliza.
a. Te engañas, sí, te engañas, que no puede
ielo proteger las injusticias.
rato castigar á los perversos,
traidos aquí por su codicia,

despues que todo el oro nos quitaron,
la asolacion, la muerte y la ignominia
impunemente como feudo imponen,
y con la fuerza el crímen autorizan.
Oro piden, y solamente el oro
su compasion y su piedad excitan.
¡O, quién pudiera desvenar la tierra,
y despues de agotar sus ricas minas,
arrojar á la Europa ese vil oro,
que nuestros infortunios origina!
Al menos viviríamos tranquilos,
sin recelar que la feroz envidia
viniera á nuestros míseros hogares
A turbar nuestra paz y nuestra dicha.
Mas no importa, ya el término ha llegado
de su injusta y odiosa tiranía.

Con fuego.

Almas débiles! almas despreciables!
Sí, temblad; la venganza y la injusticia
armaron ya sus formidables diestras,
y á vuestro fin y destruccion conspiran.
Y tú, pérfido jóven, que me apartas
cobardemente de la amada mia,
para triunfar de la constancia suya,
tiembla tambien; pues antes que de El
goces la mano que robarme quieres,
lleno de aquestos zelos que me inspiras,
Arrancaré su imágen de tu pecho...
si es que en tu aleve pecho está esculpida.

Mozoco. Ellos, Macoya, tu razon ofusca
ellos á ver sus crímenes te obligan,
y te hacen olvidar sus beneficios.

coya. Tal pronuncias, Mozoco? ¿Tú autorizas
le esos feroces hombres las maldades?
Ah! ya conozco la desgracia mia!
us seductoras voces pervirtieron
u corazon y el de mi tierna Elmira.
i vuestro honor, la patria, nuestros dioses,
uestro interés, y todo cuanto habia
nas sagrado olvidasteis, qué me espanto
e que olvideis vuestra promesa mismo?
zoco. Mi honor, mi patria y mi interés, Macoya,
conducta que ves de mí exigian:
ego cual tú, por dioses adoraba
unos abortos de la fantasía,
n poder, sin verdad y sin influjo.
las estos europeos que acriminas
partaron la benda de mis ojos;
i las puras verdades me iluminan,
á mi razon demuestran la existencia
e un solo Dios, que todo lo domina.
ste solo conozco y reverenco,
te es mi Dios, y este es el Dios de Elmira.
oya. Y él te manda faltar á tu promesa?
zoco. Sí.
oya. Si esas son las leyes que le guian,
qué deberé esperar del europeo,
o excesos, torpezas é injusticias?
ué he de esperar de Elmira y de su padre?
gaños, artificios y perfidias.
, pues no sea tanta mi bajeza
e llegue á mendigar en este dia
compasion, jamas: mi amor... mis zelos...
desesperacion.... las furias mismas...

Ah! teme, teme mi cruel venganza,
si á ser perjura precisaste á Elmira.

ESCENA V.

Dichos é Itopalin.

Itopalin. Nuestro gobernador en este instante
por ti pregunta, y á llamarte envie.
Mozoco. Templa, Macoya, ese feroz transp
que el riesgo tuyo conocer te priva;
cede á la voluntad de tu destino:
y pues tan hecha está tu valentía
á triunfar de tus fieros enemigos,
triunfa de ti, si á eternizarte aspiras.
Itopalin. ¿Qué espera ya tu formidable bra
cuando llega al extremo tu desdicha?
Macoya. Cómo!...
Itopalin. Con el tirano á desposarse
Elmira va.
Macoya. Qué dices? tan impía!...
y tan cobarde!... y otro será!... nadie,
si yo la pierdo, ha de gozar á Elmira.

ACTO TERCERO.

Gabinete de la casa de Elmira.

ESCENA I.

Elmira y Tello.

lo. Ya el venturoso y anhelado instante,
ue deberá fijar nuestros destinos,
n alas del amor llega á nosotros.
as galas y preciosos atavíos,
ue por fineza á tu beldad consagro;
pompa, el fausto, el esplendor debido
tan feliz y augusto desposorio,
tá dispuesto ya: y el pueblo indio
n impaciencia y gozo nos espera
el átrio del templo reunido.
lo tu corazon, hermosa Elmira,
co dispuesto á nuestro enlace miro,
ia á mi halago, fiera á mis obsequios,
dura á mi dolor y mi martirio;
que en mi dicha pronunció tu labio,
smiente tu desden y tu desvío.
bierta siempre de fatal tristeza,
yes de los honestos regocijos
n que mi amor á distraerte aspira,
de tiernos y lánguidos suspiros
henchir el ayre con frecuencia corres
as selvas y montes mas sombríos.

¿Qué dice este sistema tan opuesto
A tu lozana edad, y á tu festivo
y adorable carácter? ¿Por desgracia
te es hoy odioso el rendimiento mio?
¿Por desgracia tributas al respeto
el amargo y horrible sacrificio
de un *sí* fatal que pronunció la fuerza;
ò en Tello ve tu hueco desvarío
Tu feroz opresor, y no tu amante?
Hablame sin temor, que el artificio
es indigno de una alma generosa.
Y aunque mi vanidad deba sentirlo,
aprecio mas un triste desengaño,
que tolerar mas tiempo tu desvío.

Elmira. Educada, señor, en este suelo,
en donde la ficcion no tuvo abrigo,
desconozco el infame disimulo.
Sé callar, mas mentir nunca he sabido.
Y pues quereis que os hable con franqueza
el no usarla con vos fuera delito.
Yo amé, señor, desde mis tiernos años
á un jóven héroe, á quien mi padre mism
hacer mi esposo prometió mil veces;
bajo de un techo amándonos crecimos,
y nuestro amor crecia con nosotros.
Ya veíamos llegar con regocijo
el momento feliz que tanto ansiamos,
cuando venisteis vos, y á vuestro arribo
desparecieron las venturas nuestras.
Desde este dia de dolor, os miro
como opresor injusto de mi pueblo,
como implacable y bárbaro enemigo

de mi felicidad y de la suya,
y como usurpador del trono mio.
¿Con cuál amor queriais que os amase?
¿Con qué placer mi corazon altivo
debia recibir vuestras finezas?
Bien lo conocereis: vuestro cariño,
vuestra constancia y fino rendimiento,
fueron despues cambiando el odio mio
en gratitud y aprecio solamente,
no en amor, pues amaros no he podido:
es muy pronto, señor, para que baste
á borrar de mi pecho endurecido
la agradable impresion que hizo en mi alma
el tierno afecto que nació conmigo.
Por amor á mi patria y á mi padre,
no por mi voluntad, he consentido
en este enlace; iré obediente al ara,
y ante ese Dios que mira mi conflicto
sin aliviarle ni compadecerle,
mi fe os entregaré, no mi alvedrío.
Ello. Pésame este desaire, bella Elmira,
que al fin sensible soy, te adoro fino,
y no hay uno tan noble y generoso
á quien no dé pesar el recibirlo;
jamás me ofenderé de tu franqueza,
pero sí me daré por ofendido
de que no la tuvieras cuando pude
renunciar á tu mano y tu cariño
sin mengua mia ni desdoro tuyo.
Ganar tu corazon he pretendido,
no forzarle. Tu amante ser queria,
no tu opresor, que el fiero despotismo

no dilata su imperio á nuestras almas.
Bien ves que está mi honor comprometido,
y que descansa en la promesa tuya:
que este íntimo pueblo, muy sumiso
à nueva ley, con alegría espera
que sea nuestro vínculo propicio
el iris de su paz; que el hecho solo
de disolverlo, y aun de diferirlo,
me daria un lugar muy desairado,
en daño de mi fama y mis designios:
y en fin, que no es á Tello este desaire,
sino á la dignidad en que me miro,
y que por ella tolerar no debo
lo que por mí sufriera mi cariño;
mas no seré tan poco generoso...

ESCENA II.

Dichos, y Mozoco.

Mozoco. Todo, señor, se mira prevenido
para vuestro himeneo; ya en el templo
arde el fuego nupcial, y sus ministros
para tan digna ceremonia esperan
de sus sagradas galas revestidos.
La tropa el átrio ocupa, y la nobleza
mostrando en sus preciosos aravíos
el interés que en este enlace tiene,
en este patio aguarda, con designio
de acompañar á los esposos.

Tello. Parto
á dar á todos del aprecio mio

a mas sincera prueba : tú , Mozoco,
rás á prevenir á los ministros,
que vuelvan á apagar el sacro fuego
que tu infiel amistad deja encendido.
ozoco. Qué decís ?
llo. Que ofendisteis en el alma
á vuestro protector y á vuestro amigo:
y que solo el amor que tengo á Elmira
ne obligará á olvidar vuestro delito.
Merecia mi noble confianza
que cauteloso vos para conmigo
ne callarais la fe que vuestra hija
otro jóven habia prometido
on vuestra aprobacion ? ¿ Así quebranta
l hombre honrado la promesa que hizo ?
Con tan poco pudor el rostro vuelve
l sagrado deber que ha contraido ?
Verificado ya nuestro himeneo,
qué le diriais al amante fino
e Elmira, si su mano reclamara
on el derecho imprescindible y digno
ue en la promesa de los dos conserva ?
Y qué os diria yo, si poseidos
: su infeliz pasion estos amantes
áran injuriar el honor mio ?
Quién fuera el criminal? ¿ en quién , Mozoco
er debiera entonces el castigo?
a vos , que sin respeto á la inocencia,
una supuesta autoridad valido,
l corazon de Elmira dispusisteis:
vos , que me pusisteis en peligro
que el pueblo creyese esta violencia

efecto del poder en que me miro,
siendo vos el tirano solamente:
en vos, en fin, que habiais concurrido
á mi agravio y su crímen con falacia.
¿Tan poco generosa habeis creido
la nobleza de Tello, que temiais
provocarle su fuerza y poderío
porque vuestra promesa le digeseis?
¿Por hombre tan soez le habeis tenido,
que la franqueza vuestra castigára
solo por oponerse á sus designios?
Basta: no quiero haceros otros cargos
con que podia acaso confundiros.
Elmira, yo renuncio desde ahora
á tu mano y tu fe: quien ha sabido
merecerlas, complázcase en gozarlas;
que no puede caber en mis principios,
sacrificar tu amor y tu ventura
á solo el interés del amor mio.
Sufra yo tu desaire; pero nunca
de mí refieran los futuros siglos,
que la culpa de un padre poco franco
en tu inocencia y tu candor castigo.

ESCENA III.

Dichos, menos Tello.

Elmira. Cuánto su enojo temo!
Mozoco. Dime, dime:
Con aire amenazador.
¿por tu desgracia habrias cometido

tú misma la imprudencia de contarle
ese funesto amor?
lmira. Si es un delito
no engañar á quien iba á ser mi esposo,
yo soy rea, señor, dadme un castigo.
Se arrodilla.
ozoco. ¿Aun tienes la altivéz de confesarlo?
lmira. Si: tengo la virtud de no mentiros.
Perdonadme, señor; mi entendimiento
en un caos se mira confundido.
¿No decís que ese Dios que reconozco
detesta la maldad? ¿No me habeis dicho
que es Dios de la verdad y la justicia?
¿No me habeis inspirado los principios
de franqueza y candor? Pues cómo ahora
de su observancia me acusais vos mismo?
¿No seria maldad el persuadirle
que yo le tengo amor, si le abomino?
¿No seria mentirle, el ocultarle
que habiais á Macoya prometido
mi mano, que yo le amo tiernamente,
y que él solo es señor de mi alvedrío,
cuando de mí tal confesion exige?
Ay padre! que segun observo y miro
en los labios están, y no en el alma,
esos preceptos de la ley que sigo.
zoco. No es lo mismo ocultar prudentemente
a verdad, que el mentir: cuando hay peligro
n decirla, no es crímen el callarla.
mira. Pero Señor, si me pregunta él mismo...
zoco. Dijérasle, que amaste, que el objeto
le tu pasion habia fenecido

en un fatal encuentro, y sin mentirle
con él cumplias, con tu ley, conmigo,
y con tu corazon: ¿qué fruto esperas
de aquesta indiscrecion? ¿En qué peligro
no dejas á tu padre y á tu patria,
si Tello desairado y vengativo
satisfacerse de la injuria quiere?

Elmira. No le temais, Señor: en Tello he
un corazon muy noble y generoso.

Mozoco. Pero es amante, y mírase ofendido
es tu señor, y vese despreciado:
es hombre al fin, y acaso conducido
por el fiero dolor de su amor propio,
hará ver con el tuyo y mi castigo,
que nadie le desaira impunemente.
Y cuando no mediara ese peligro,
¿cómo puedes, ingrata, persuadirte
que cómplice tambien en tu delirio,
faltára á mi promesa y tu promesa?
Acabemos, Elmira: tu honor mismo,
el mio, y la ventura de tu pueblo,
exigen hoy el duro sacrificio
de tu primer amor: las conveniencias,
la autoridad paterna y tu destino,
fallan que des al vencedor tu mano:
en tanto pues que yo prudente cuido
de disipar su queja, tú prevente
á obedecer, ó tiembla al furor mio.

ESCENA IV.

Elmira sola.

mira. Elmira desgraciada! qué esperanza
esta ya á tu infortunio? ¿Cuál alivio
ueden tener tus males? qué te sirve
poner al orgullo y despotismo
u fe, tu amor, y la constancia tuya?
Nada: lo veo: en el supremo juicio
el interés, son arrollados siempre
os derechos humanos y divinos.
n vano tu razon y tu inocencia
amaré: su clamor no será oido,
hasta el ara funesta de himeneo
rastrará la fuerza mi alvedrío.
ada importa que Tello generoso
e deje en libertad, si empedernido
i padre quiere que solloce esclava.
h! nunca el europeo advenedizo
ribára á estas costas! Nunca, nunca
s leyes conociéramos! sumiso
paternal amor, Mozoco entonces
Elmira adoleciera los martirios,
su felicidad antepusiera
in respeto tan vil. ¡O padre mio!
uando en los falsos ídolos creiais,
is tierno, sensible y compasivo;
s esa religion pura y suave,
o, cruel, y aun insensible os hizo!
os de justicia! Dios del europeo!

hijos de mi dolor son mis delirios:
perdónalos; y si eres como creo
Padre del inocente y oprimido,
fija tus ojos en la triste Elmira,
y duélete una vez de su conflicto.

ESCENA V.

Elmira, Delta, y despues Macoya.

Delta. Señora, un jóven indio, cuyos ojos
de dolor y despecho dan indicios,
hablarte quiere.
Elmira. Di que llegue, amiga,
que si buscando viene algun alivio,
acaso podré dársele á sus males,
ya que no basto á consolar los mios.
¡O tú feliz mil veces, mi Macoya,
que en el lecho de paz que yo te envidi
eterno sueño dormirás sin penas!
Y mísera de mí, que entre martirios
debo pasar la vida que me resta!
Delta. Ya llega, vedle.
Volviendo con Macoya.
Elmira. Cielos!...
Retrocede dando un triste grito.
Macoya. No, bien mio,
huyas de mí, porque infeliz me creas.
Elmira. Su voz... su rostro... soñaré... delir
No: Macoya, Macoya es el que veo.
Macoya. Qué vacilas? Macoya soy: aun v
para salvar, Elmira, tu inocencia

e una injusta opresion.
nira. Ah! cuál peligro
os rodea. Si viene.... cuida, amiga,
o nos sorprendan: corre. *Vase Delia.*
coya. Mi destino
vida me guardó para vengarte.
nira. Inútil esperanza!
coya. Cómo? dilo.
nira. Me engañaron!...
coya. Acaba.
nira. Cuántos soles
or tu muerte lloré! Viles! impíos!
coya. Si de tu tierno pecho no arrancaron
inocente amor que me has tenido:
es que tu corazon no pervirtieron,
tus promesas distes al olvido:
aun es Macoya el delicioso objeto
todas tus potencias y sentidos;
les perdono los amargos lloros
e por su causa Elmira y yo vertimos.
ira. ¡O momento el mas fiero de mi vida!
unca llegáras, nunca! Si perdidos
que en placer inmenso disfrutamos
habian de volver; ¿por qué del frio
espantoso sepulcro en que por siempre
creía, á mis ojos dolo idos
nastes, ó Macoya? ¿A qué la dicha,
ué el gozo indecible que respiro
verte aun, para despues perderte?
ya. Para perderme?
ra. Sí: nuestro destino
dura mano rompe el fuerte lazo

que desde la niñéz nos tuvo unidos:
él quiere que Macoya separado
De Elmira viva, y que en dolor sumidos
sufran los dos un padecer eterno.

Macoya. ¿Por desgracia, cruel, ese enemigo
habrá triunfado ya de tu constancia?
¿Por desgracia robóme tu cariño,
tu fe, tu mano, y mi vivir? Responde:
te uniste á él? serán los males mios
sin esperanza ya? Suspiras? lloras?...
Fijas en mí tus ojos doloridos?
Dioses sañudos, implacables dioses,
que os gozais y reís de mi martirio,
¿á qué guardais mi aborrecible vida,
si matasteis mi amor? Lanzad impíos,
lanzad el rayo y destruid mi esencia.
No quiero ver cubierta de un delito
tan torpe á la que amé: no quiero verla
infiel, perjura. No, no daré oidos

A Elmira, que quiere satisfacerle con accion muda.

á tu engañoso razonar: sellaste
tu perversion con él: diste al olvido
tu promesa, tu amor, tus juramentos,
y cuanto habia para ti mas digno
y de mayor valor: no importa, fiera,
yo arrancaré feroz y vengativo
del hondo pecho en que grabarla supe
tu imágen, y con ella mi cariño:
arrancaré tu nombre femenrido,
y aun la memoria de que amarte supe
y que me ví de ti correspondido.

mira. Ay! Duélete de mí: no soy perjura,
ni quebranté mi fe: de mi alvedrío
eres señor, y lo serás por siempre:
podrá la tiranía dividirnos,
podrá forzar mi voluntad acaso,
arrebatar un sí del labio mio;
nas ¡ay del infeliz que de él abuse,
ujetándome á un lazo que abomino!
coya. Cómo! será verdad? libre te hallas?
mira. Aun no conozco esposo.
coya. Mi afligido
orazon explayaste: nada temo.
mira. Debes temer: en este instante mismo
de tal vez el sacrosanto fuego
ue nos va á separar.
coya. ¿Pues qué vacilo,
ue no corro á apagarle con la sangre
nuestros opresores?
ira. Tu peligro...
oya. Cuando voy á perder el bien que adoro,
uieres que tema mi valor altivo?
ra. Macoya, que te pierdo, si te pierdes.
oya. Calma tu agitacion; veinte mil indios
amigo son para salvar á Elmira,
odos prontos á morir conmigo,
á acabar de una vez con sus tiranos.
ra. Ah! no, tente: respétalos.
ya. Qué he oido?
los defiendes? Tú mi rabia enfrenas?
ra. Sí, porque ellos no son tus enemigos,
son mis opresores. Generoso
rival, renunció con heroismo

su derecho legítimo á mi mano,
para no ver forzado mi alvedrío.
Pero mi padre...

Macoya. Sí: tu padre injusto
quiere llevar al fiero sacrificio
tu inocencia, faltando á su palabra;
mas no será, padecerá el castigo
debido á su bajeza.

Elmira. Ah! no: es mi padre.

Macoya. Elmira es mia, y me la roba impío
yo sabé respetar en él tu sangre;
pero sabré tambien con brazo altivo
derrocar ese altar que á mi desgracia
su mano levantó; sabré atrevido
arrebatar la víctima inocente,
y exterminar el rudo señorío
del poder arbitrario para siempre.
Sí, tiranos, temblad: ya ha fenecido
vuestro imperio, y el trono respetable
de la justicia establecerá camino. *Va*

Elmira. Macoya!... Cielos! á la muerte corre
de su amor y sus zelos conducido!
Mísera Elmira, á socorrerle vuela,
ó á fallecer con él en el peligro.

ACTO CUARTO.

io espacioso de un templo con su fachada frente y puerta usual en ella. Soldados españoles sobre las armas hácia al rededor.

ESCENA I.

Itopalin y Macoya.

alin. He allí el Templo católico.
coya. O, amigo!
(en el mismo sagrado Santuario
onde á su Dios adoran, en él quieren
s europeos que de Elmira el labio
a á mi amor perjuro? Ante las aras
e este Dios justiciero y sacrosanto,
e ese Dios de verdad que ellos adoran
uerrán que sea para siempre hollado
firme juramento con que Elmira
r mia ante los Cielos ha jurado?
allí la fe del hombre y sus promesas
rladas han de ser con vil escarnio:
pospuestas su paz y su ventura
un falso honor, á la razon de estado?
alin. Y bien, cuando la tuya y la de Elmira
n á serlo tambien, ¿á qué tus pasos
este lugar diriges? Por desgracia
uerrás ver su dolor y su quebranto?
uerrás oir sus penetrantes aye ?

¿querrás autorizar el torpe lazo
que de ti para siempre la separa?

Macoya. No: jamás.

Itopalin. ¿Pues qué dice este descanso
en que yace tu espíritu?

Macoya. Qué dice?
La salvacion del mundo americano:
el exterminio de la tiranía:
la redencion de los derechos santos
de los hombres, por ella deprimidos.
Mi ira, mi amor, mis zelos, mis agravios,
y cuanto hay mas terrible en las pasiones
de los mortales, dice ese descanso.
Del fiero Tigre es la aparente calma
mas de temer, que del Leon airado
el rugido espantoso. Mientras este
amenaza y previene á su contrario,
aquel sorprende, embiste y despedaza.
Duerman en mi descuido esos malvados;
y perezcan despues en mi cautela,
pues á ser cautelosos me enseñaron.

Itopalin. Ya el rumor nos avisa que á este
se acercan los esposos.

Macoya. Llegó el plazo
á mi venganza: parte, amigo, vuela,
que este es aquel momento deseado
tantas veces por mí. Sus pocas fuerzas
destinadas se van á dar mas fausto
y mayor dignidad á este himeneo,
agenas hoy de recelar su estrago.
Ataca pues con mis guerreras haces
la indefensa ciudad por ambos lados,

y entra por todas partes esparciendo
la muerte y el terror. Sientan el rayo
primero que el relámpago vislumbren:
y los nupciales himnos reemplazados
por la cancion de muerte en triste luto
conviertan el magnífico aparato.
Lavad con sangre la vergüenza nuestra,
vengad con sangre mi sufrido agravio,
y con sangre apagad la ardiente rabia
de mis horribles zelos. Despiadados
herid, matad: no perdoneis mas vidas
que las de Alvar Guzman y la del falso
y perjuro Mozoco. Tributemos
este precioso y último agasajo
al amor y amistad: ya llegan: vete.
Palin. Y tú, Macoya?...
Macoya. Vuela, que mi brazo
mas gloriosa accion aquí se queda.
Palin. Mas dime...
Macoya. En tu tardanza está mi daño.
Palin. Te dejo á mi pesar. *Vase.*
Macoya. ¡ Eternos dioses!
odiais la iniquidad, si vuestro amparo
estais á la inocencia desvalida,
la venganza amais cual yo la amo,
á mis votos, sostened mi esfuerzo,
para confundir á los malvados
de vuestras mismas aras destruyeron,
á mi diestra el formidable rayo. *Vase.*

ESCENA II.

Salen tropas de doncellas españolas é ind damas de Elmira. Alvaro Guzman, Mozo Tello y Elmira con guirnaldas de mirto y j min en la cabeza, la guardia del Gober nador cierra la comitiva.

Alvaro. Ya amadas prendas del ansiado instan
voy á gozar: el venturoso lazo,
que va á unir á mi Tello con Elmira
coronará los dias fortunados
que yo he vivido y que vivir me restan:
y cuando aquel gran Dios, de cuya mano
recibí tan inmensos beneficios
quisiere con la muerte terminarlos;
descenderé pacífico al sepulcro
sin pesar, porque amé á mis semejantes
y en sus desgracias les presté mi amparo:
sin deseo, hijos mios, porque todos
quedan con vuestra union verificados;
y sin cuidados porque en paz tranquilo
dejo ya aqueste imperio, gobernado
por la prudencia y el valor de Tello.
Resta no mas que con seguro paso
por el sendero que os abrí yo propio
busqueis el bien supremo que yo alcanzo
y dejaros no puedo por herencia.
A ti, mi Tello, como padre encargo
que ames á Elmira con aquel extremo
debido á su beldad, á sus encantos,

á sus virtudes, á su ilustre cuna,
y á la amistad que al padre profesamos.
ello. Quien supo aborrecido, padre mio,
por complacerla renunciar su mano:
¿qué no hará cuando amado se contemple?
Sí, Elmira, yo muriera resignado
léjos de ti sufriendo tus rigores,
y aun te veria agena sin que el labio
te acusara de ingrata, si la fuerza
y no el amor formara aqueste lazo.
Mas, pues estando libre el sí me diste,
y con tu juramento le has sellado,
no perjura me seas, porque Tello
sufrirá tu desden, mas no su agravio.
Soy altivo, y acaso me enojara
si pagaras mi amor con un engaño:
soy zeloso, y con zelos desatento:
y en fin soy con mi honor tan delicado,
que si manchado por mi mal se viese!...
Qué es verlo? si llegara á imaginarlo!...
Mas Elmira detesta el artificio,
juróme amor, y yo en su amor descanso.
ozoco. Sí, Tello, descansad: que yo conozco
su candor y virtud. El desagrado
que alguna vez dijeron sus palabras,
es hijo del país y del atraso
de nuestra educacion, pero no daña
su corazon. El corpulento ucayo,
cubierto de una rústica corteza
guarda un tronco precioso y delicado
para el que de ella despojarle sabe.
sin herirle grosero ó poco cauto.

Apartad diestramente la corteza
que hasta ahora, Señor, os ha ocultado
el dócil fondo de mi amada Elmira:
en él podrá grabar vuestro cuidado
todas aquellas máximas que deben
hacer mas venturoso vuestro lazo.

Elmira. ¡O indecible pesar! ¿y que yo misma
Aparte.
he de apoyar tan horroroso engaño?
¿Yo he de llévar al pie de los altares
una perfidia tal? ¿no temo el rayo
de ese Dios que amenaza á los perjuros?..

Tello. Mas Señor, en un dia consagrado
todo al placer y á la ventura nuestra:
¿por qué en su aspecto angélico reparo
esa sombría tez? Al atrio mismo,
á los humbrales de este Templo santo
donde su eterno amor viene á jurarme,
¿deberá acompañarla el desagrado,
la esquivéz, y aun la fria indiferencia?
Perdona, Elmira, si quejarme trato;
perdona si un momento desconfío
de tu sinceridad. Mi amor acaso
te presenta á mis ojos este dia
muy menos fina y con mayor quebranto
del que debí esperar. O, yo félice!
si mi deseo padeció este engaño?
Por desgracia, ¿atormenta tu memoria
la memoria del hombre afortunado
que tu primer amor ha merecido?
¿Arde la llama que en tus tiernos años
logró encender en tu sensible pecho?

'e resta aun la esperanza de gozarlo?
'o te agites, no dudes, no baciles:
sponde.
ira. Buen Dios! en cuál estado
ve mi corazon!
o. ¿Qué te detiene?
oco. Vuestra desconfianza es un agravio
ra Elmira, señor. Hace un instante
e vos oisteis de su propio labio
ingenua confesion de su cariño
el puro gozo con que os da su mano.
) juró libremente, y no es posible
tara de engañarme y de engañaros;
e bien que de ser esposa vuestra
pende la ventura del estado,
suya, y el sosiego de su padre;
e que el juramento que ha prestado
aun deja la adicion de arrepentirse;
e lo que el honor en este caso
scribe á las mugeres de su clase;
e en fin que es mi gusto, y me persuado
e á mi gusto jamás querrá oponerse.
, como recelais, un leve rastro
aquel primer amor queda en su pecho,
ne Elmira virtud para borrarlo;
iendo que no existe el digno jóven
uien era otro tiempo consagrado:
que aunque fuera vuelto del sepulcro
apartaban por siempre de sus brazos
nuestra Religion que ya profesa,
estro honor, su palabra y mi mandato.
ra. ¡O fiera tiranía! *Aparte.*

Macoya. ¡Vil Mozoco, *Al p*
cuánto los europeos degradaron
tu nobleza y candor! Teme mi furia
si un punto olvido lo que á Elmira amo.
Tello. Callas, Elmira?
Elmira. ¿Y qué podré deciros
que me pueda absolver de tales cargos?
¿Qué he de decir que baste á disculparme
de este fiero dolor que estoy pasando,
y que mis ojos ocultar no quieren?
O he de mentir, señor, ó he de enojaros;
y para huir del uno y otro riesgo,
siento mis penas, y mis penas callo.
Yo os ofrecí mi mano, y ya por fuerza
ó por mi gusto sea, no me es dado
dejarlo de cumplir aunque me pese.
Sé que ese honor de Europa es un tirano
del gusto, de la paz, y la ventura,
de quien el hombre es miserable esclavo.
Sé que falló que vuestra esposa sea,
y que apelar no puedo de su fallo.
Sé que tienes por crímen que á otro falte
que hizo mi corazon sin apremiarlo.
Sé que ese Dios de paz y de justicia,
que conocer me hicisteis, ha mandado
que yo perjura con Macoya sea
y no con vos: en fin sé por mi daño
que mi padre es señor de mi alvedrío,
y puede impunemente esclavizarlo.
Sierva, pues, de tan bárbaros preceptos,
qué he de decir, señor? que al templo va
y allí con una vida que me resta,

umpliré de una vez sin quebrantarlos
on Dios, con vos, conmigo y con mi padre,
con el tierno amor que me han robado.
coya. O jóven virtuosa! ¡ó jóven digna *Aparte.*
el puro extremo con que yo te amo!
zoco. Solo tu sumision y tu obediencia
eximen del furor que en mí ha excitado
insolente dircurso. Vamos, Tello,
asegurar por medio de este lazo
uestra alianza eterna, vuestro gusto,
bien de Elmira y de este rico estado.
aro. Sí, vamos, hijo, y de tu esposa aguarda
do el amor que buscas: su recato,
juicio, su virtud y su cordura
isiparán bien presto ese nublado
ue amaga á tu quietud, y en dulce calma
isáreis vuestros dias fortunados.
o. Cedo á vuestro precepto, padre mio,
as ¡ay del infeliz que ose turbarlos!

ESCENA III.

el coro se dirigen al templo: abren las tas, y al entrar Elmira y Tello, sale Ma- a con un puñal yendo á asesinar por la espalda á Tello, y Elmira lo impide.

oya. Así la romperán mis justos zelos.
ira. Tente, Macoya.
oya. Qué haces? pese al brazo
e mi dicha impidió.
o. Traidor! qué intentas?

Macoya. Vengar con una muerte mil agravios.
Tello. Ola! prendedle.
A la guardia, y le toma.
Elmira. Mísero!
Alvaro. Dios mio! Macoya, tú...
Macoya. Sí: yo despechado
quise beber la sangre de ese impío
que tantas penas á mi alma trajo:
y solo siento que su infame vida
viniese á defender la misma mano
que auxiliarme debió.
Tello. Tú eres Macoya?
tú mi odioso rival?
Macoya. Sí, sí, malvado;
yo soy el mismo á quien traidoramente,
y contra los derechos sacrosantos
de aquella inmunidad que nos juraste,
nos pusiste en prision, y como esclavos
con vergonzosos hierros oprimistes:
el mismo soy que á ti y á tus soldados
á pesar de esas armas tronadoras,
cien y cien veces os llenó de espanto.
El mismo soy, á quien injustamente
privaste de su trono hereditario,
y hoy deseas privar del solo alivio
que en Elmira tenian sus quebrantos.
Y en fin el mismo soy de quien tú tiembla
aun viéndome oprimido y desarmado.
Tello. Así loco te atreves á insultarme?
Macoya. Sí, llega, véngate: pon en tu mano
la ley y la justicia de tu patria,
que es el poder. Sáciate en mí inhumano:

pudiera yo saciarme, indigno,
esa sangre que aborrezco tanto.
. No pruebes, pues, mi cólera: no irrites
justicia con mas y mas agravios.
oya. Pérfido! tu justicia? ¿Por ventura
noce el europeo sus sagrados
adorables derechos? Ah! Macoya
pirara feliz, y los indianos
gimieran tan fiera servidumbre
ssí fuese. Despóticos tiranos,
nas que todos tú, ¿qué cosa hicisteis
e pueda la justicia autorizaros?
ué la justicia, di, quien á este suelo
condujo de climas tan lejanos?
s movió la justicia á conquistarle
usurpar nuestros bienes, abusando
nuestra sana fe? ¿Será justicia
iendo libre yo, que tú de esclavo
hagas sufrir el oprobioso hierro,
mi Elmira me robes inhumano?
á justicia en fin, que tú me agravies
mi honor, mi persona y mis estados?
ticia!... Solamente en vuestro labio
allamos sin cesar, al paso mismo
vuestras injusticias lamentamos.
Baste, que ya es infamia el sufrimiento.
a. Sincérate, si puedes, de esos cargos,
no súfrelos, que esta es la pena
hasta el sepulcro sigue á los tiranos.
¿Yo habia de abatirme á tal extremo?
acerte á ti?
a. Pues di, malvado,

¿á quién satisfacer sino al que ofendes?
he aquí vuestra justicia. No has pensado
degradarte injuriándome, y bajeza
crees justificarte del agravio?
Nada importa: ya sé que entre vosotros
es el que puede menos, el culpado:
y el mas fuerte, ofensor y juez á un tiem
Mas no por siempre se verá acatado
el despotismo atroz: y ¡ay de ti, Tello,
si el Cielo rompe á esta opresion el lazo!..

Tello. Estéril amenaza!

Macoya. Por fortuna
vendrá el golpe tal vez tras de este amag

Tello. Mira esos hierros, y tu orgullo abate.

Maco. Mira que aun hay quien pueda quebrant
Acaso...

ESCENA IV.

Dichos, y Vargas.

Vargas. Tello, vuela con tus tropas
á salvar la ciudad del fiero estrago
que entra haciendo un egército enemigo,
nuestro fatal descuido aprovechando.

Tello. Qué dices?

Vargas. Que á manera de un torrente
va por calles y plazas derramando
la muerte y el terror. Los viles indios
que habitan en la plaza, sublevados
se unen á su faccion, y de Macoya
el nombre suena por el ayre vago.

n confuso tropel el pueblo huye
bierto de terror, y tus soldados
peso de la enorme muchedumbre
miran sucumbir.
o. Viles! corramos
castigar tan alevoso insulto.
osotros, en prision asegurado
ned á este caudillo sedicioso,
ientras yo con su sangre satisfago
estro honor, nuestro rey y nuestra patria.
guidme: armad los formidables brazos.

ESCENA V.

hos, ménos Tello y Vargas que marchan con parte de la guardia.

oya. Mira cuán presto se cumplió mi voto.
ro. No, Macoya, le irrites, que es honrado,
jóven, es valiente, está ofendido,
el supremo poder tiene en su mano.
fre tu suerte, que el alivio tuyo
amigo y padre tomará á su cargo.
ira. Sí: consolad mis penas en las suyas:
lvadle y viviré.
aro. Cuidad entrambos
ocultar ese fuego que os devora,
e causa puede ser á vuestro estrago,
confiad en mí. Partid vosotras;
A Elmira y damas.
ozoco ven, y en su favor corramos.
oco. Tu despecho, Macoya, te ha perdido,

y en riesgo pone nuestra patria acaso;
despreciaste mi aviso, pero siempre
mi misma vida ofreceré en tu amparo. V.

ESCENA VI.

Macoya.

Dioses! si no ha de ser Elmira mia,
si la he de ver en los odiosos brazos
de este rival cruel; oid mi ruego,
y sobre mí lanzad el fuerte rayo.

ACTO QUINTO.

Salon de palacio de Tello, con bufete y e. bania.

ESCENA I.

Elmira y Mozoco.

Elmira. Ah, señor! por piedad sacad á El
de su atroz confusion. Calmad al menos
la incertidumbre en que se ve abismada.
Huyeron nuestros indios? venció Tello?
Alvaro es salvo? el horroso choque
de las armas calló? decid.
Mozoco. Huyeron
cubiertos de terror y de ignominia
los que salvarse del furor pudieron

de este jóven Guzman. ¡O, cuál estrago
hizo su diestra formidable en ellos!
Viérasle, Elmira, en el sangriento choque
como el veloz relámpago, rompiendo
por nube espesa de volantes flechas
llevar á todas partes su denuedo,
la muerte y el terror. Viérasle acaso
mas de una vez en evidente riesgo
de ceder á la fiera muchedumbre
que le oprimia con su enorme peso,
herir, matar, y cual leon rabioso
que está acosado de rabiosos perros
abrirse paso hasta salvar su vida,
de polvo y sangre y de sudor cubierto.
Viérasle en fin, en el siniestro brazo
mostrar afable al sublevado pueblo
la bandera de paz, y al paso mismo
blandir el fuerte rayo con el diestro.
Venció, Elmira, del número y sorpresa,
y en hombros de sus ínclitos guerreros
coronado del lauro inarcesible,
fué conducido al suntuoso templo
á tributar al Dios de las batallas
su reconocimiento por troféo.

Elmira. Ay, Macoya infeliz! ¿Cuál esperanza
puede restarte ya? De tu despecho
de tu amor al fin víctima triste,
coronarás del triunfador soberbio
la lisongera gloria con tu muerte:
que vengará sus infernales zelos
su rival cruel; mas, tarde espera
romper el lazo que en mis años tiernos

hizo amor de mi alma y de la tuya,
que unidos al sepulcro bajarémos.

Mozoco. Qué dices, insensata?

Elmira. Que yo, padre,
sufriria tal vez por complaceros
el vivir separada de Macoya:
pero verle morir, señor, no puedo.
Si él por mi amor aventuró la vida,
yo por pagarle renunciarla debo.

Mozoco. Y qué, ¿para mostrar lo que te ama
era forzoso que se hiciese reo?
¿Era forzoso malograr tu suerte
y aventurar tu honor con su despecho?
¿Si Macoya te amase como piensas,
sacrificado hubiera á tu sosiego
su bien estar? Mas, el incauto amaba
su propio gusto mas que tu provecho.
Y cuando así no fuese, ¿qué debia
esperar de atentado tan horrendo?
Aunque su vil designio consiguiera,
¿seria acaso de su Elmira dueño?
¿La uniria Mozoco á un alevoso?
á un asesino? á un vil? jamás: primero
bebería la sangre de su hija.
Yo le amé como padre todo el tiempo
que me le presentaron sus virtudes
como un héroe infeliz, como un guerrero,
mas hoy que su bajeza he presenciado,
del tiempo que le quise me avergüenzo.

Elmira. Ay, padre! que su extremo por Elm

Mozoco. Bien pudiera mostrárselo, muriend
fiel á su amor y atento á su ventura.

ira. ¿Y qué amante, señor, se vió con zelos
ie á todo riesgo no trató vengarlos?
oco: Que no se admire pues, que quiera Tello
ngar los que Macoya le origina
n su justicia y con su amor cumpliendo.
ira. Ni vos os admireis que yo deteste
ora y por siempre el matador soberbio
mi amante infeliz. Jamás mi mano
ibirá la mano de ese fiero,
ida con la sangre de los mios.
, padre mio, moriré primero.
co. ¿Tal proferiste sin temblar mi enojo?
l pude oir sin que el postrer acento
iciera pronunciar en el sepulcro?
ve Dios!...

Queriendo sacar la espada.

a. Ah, padre! deteneos;

Arrojándose á sus pies le detiene.

ad la ira, y por la vez postrera
d que os reconvenga mi despecho.
ngo que ese Dios de la justicia,
yas leyes mi razon someto,
forzar mi voluntad os diese
njusto y despótico derecho:
ngo que oponerme yo á este enlace
una sinrazon, fuera un exceso
oluntariedad ó inobediencia:
ngo en fin que mi aversion á Tello
que en razon, se funda en mi capricho:
s, señor, sabeis que se la tengo,
qué habeis de forzarme á que yo viva
al hombre mismo que aborrezco?

¿Qué interés os obliga, ó qué os conduce
mi desgracia á labrar con tal empeño?
y en fin, ¿por qué en lugar de tierno padre
conmigo ser quereis verdugo fiero?
Vuestro precepto á mí me hace infelice,
mi inobediencia á vos segun entiendo
no os causa un mal: ¿cuál pues es mas deli
decid, la inobediencia ó el precepto?
¿cuál es mas criminal, un ciego padre
que condena á vivir entre tormentos
al dócil hijo, que obediente busca;
ó el hijo que rehusa padecerlos?...
Esta es sola mi culpa: castigadla;
mas temed que la vuestra irrite al Cielo.

ESCENA II.

Dichos, y Alvaro.

Alvaro. Querida Elmira, el riesgo de Maco
reclama de nosotros con imperio
el mayor sacrificio: su delito
le condena á morir, y ambos sois reos
á los ojos de Tello y aun del mundo;
tú, en la sospecha, y él en el exceso.
Conozco la grandeza de tu alma,
pero tu resistencia á este himeneo
y tu amor á Macoya te presentan
ya que no sea sabedora, al menos
de su resolucion desesperada.
Para justificarte con mi Tello
y salvar á tu amante, es necesario

renunciar á su amor: no hay otro medio.
Si tú conmigo franca me informases
de tu pasion en su debido tiempo,
mi autoridad, mi maña y mi prudencia
la hubiera protegido con empeño,
ahogando los designios de mi hijo:
mas ya su amor y fama está por medio,
está por medio tu palabra misma,
está la bendicion de todo el pueblo,
y en fin el atentado de Macoya,
que es quien malogra mas vuestros deseos.
¿ pues hizo el destino inevitable
vuestra separacion, hija, salvemos
una vida preciosa para entrambos;
conservese Macoya: mas el precio
sea de tu dolor y eterna angustia:
viva, y da á mi vejéz este consuelo
mira. Sí, padre mio: el ansia de salvarle
dará á mi corazon todo el esfuerzo
que pida el sacrificio: paz, descanso,
felicidad, vivir, todo lo ofrezco
con tal que salvo del peligro sea;
qué debo hacer? hablad.
aro. Mostrar á Tello
que eres digna de ser esposa suya
por tus recomendables sentimientos,
y que no por tu amor; pide su vida,
que él te la otorgará si te ama tierno.
oco. Sí: da á Macoya esta postrera prueba
de tu virtud y de tu puro extremo.
ira. ¿No hay, señor, otro modo de salvarle?
ro. No, Elmira, yo á lo menos no le veo.

Elmira. Viva Macoya, pues, y yo perezca
sumida de dolor y de despecho.
Alvaro. Ya llega: retiraos entre tanto
que en tu favor su corazon prevengo.

ESCENA III.

Alvaro, Tello, Vargas, y séquito de guardi

Tello. Conduzcan al momento á mi presencia
al delincuente.
Vargas. Parto á obedeceros.
Tello. Y apróntese el suplicio donde debe
ser de traydores miserable egemplo.
Vase Vargas.
Alvaro. ¡Cuántas razones tengo, amado hijo,
de bendecir en tu conducta al Cielo!
¡Cuánto debo gozarme en tus acciones!
¡Y cuál en tu virtud rejuvenezco!
Todo por tu valor y por tu patria:
dejaste las delicias que himeneo
en el seno nupcial te preparaba,
por correr á salvar tu amado pueblo,
y en honor de tu rey y de tus armas
templado y generoso mas que fiero
ecos de bendicion, ecos de indulto,
dirigía tu voz á los protervos
cuando en tu espada su exterminio veías;
modesto en fin y religioso á un tiempo
de la dulce victoria te desprendes,
y al Templo vuelas con cristiano zelo
á tributar á Dios el digno triunfo

que debiste á su brazo mas que al nuestro.
No sin justicia mis delicias eres,
o sin razon de tu virtud espero
a pacificacion de estos países
su dichoso porvenir. Sí, Tello,
al lecho sepulcral, que ansiar debiera,
or no dejarte con pesar me acerco.
lo. Vuestras huellas, señor, seguir procuro:
hay algo bueno en mí, todo lo debo
los sabios principios que grabasteis
mi primera edad, y solo os ruego,
ue si en algun instante me desvia
juventud fogosa del sendero
l honor y la gloria, vuestra mano
e vuelva á él, mis pasos dirigiendo.
aro. Sí, Tello mio, sí: que á mas de padre,
tierno amigo soy, y tu maestro
el arte escabroso de la vida:
á cargo mio están todos los yerros
e en su carrera á cometer llegares.
ra que evites el que ahora temo
tu fogosidad, y del dominio
e tener pueden sobre ti los zelos,
debo prevenir que si en justicia
ieres fallar sobre el pesado exceso
Macoya, medites bien las causas
e para cometerle concurrieron,
nte en su situacion y reflexiona,
hicieras tú lo mismo que él ha hecho,
i te juzgarías disculpado
a faz de los hombres y del Cielo.
Si yo como él obrase, aprobaria

de la ley el rigor: el mas severo,
el mas atroz castigo no es bastante
á dejar tal agravio satisfecho.
Qué ofensa le hice yo? querer á Elmira?
¿solicitar su mano en el concepto
de que su voluntad estaba libre?
¿renunciarla despues en el momento
de saber que á él estaba prometida?
¿y subscribir despues á este himeneo
creyendo que Macoya no existiese?
Si de Mozoco el artificio horrendo
fingió su muerte; si cobarde Elmira
cedió del padre al gusto ó al precepto
dándome el sí de esposa, si mudable
dió al olvido su fe y amor primero:
¿por qué vengarse en mí tan bajamente
de las ofensas que le hicieron ellos?
Y cuando alguna queja de mí hubiese,
buscárame en el campo, y cuerpo á cuerpo
satisfacerla con honor tratara.
Pero buscarla por el torpe medio
de una baja y atroz alevosía,
tratar mi muerte en el umbral del templo
en el instante mismo que á los suyos
manda herir la ciudad á sangre y fuego.
No, padre mio, no: yo ultrajaria
con su perdon la autoridad que egerzo.

Alvaro. Si ella injuriada fuese, Tello mio,
tu autoridad, en tu razon convengo:
mas si él á Tello asesinar queria
y no al gobernador, tan solo Tello
es aquí el ofendido y el quejoso.

ómo, pues, quedará mas satisfecho
ayroso, castigando, ó perdonando?
Qué será, dí, mas digno de su pecho?
ué le dará mas gloria? Finalmente,
ué le grangeará mayor aprecio
tre unas almas que á ganar aspira,
piedad, ó el terror?
. El escarmiento
e dice que el terror. Hace un instante
e á mi pesar y por consejo vuestro,
ese mismo traidor y de los suyos
ó mi mano los pesados hierros:
cuál fué la funesta consecuencia
esta incauta piedad? Todos la vieron,
mas de mil la lloran, y aun nosotros
lorarla tambien fuimos expuestos!
stas almas ingratas, padre mio,
ror y mas terror.
ro. Te engañas, Tello;
las hace mas fieras, con el odio
el que guardan siempre con aquellos
e con castigos aterrarlas tratan:
paso que se adquieren un imperio
re ellos la piedad y la dulzura.
o pues tú desprecias mi consejo,
indultar á Macoya no te obliga,
íguete el saber que yo le debo
vida que gozo: ese Macoya
uien preparan tus bastardos zelos,
tu justicia, una afrentosa muerte,
ismo es que en un fatal encuentro,
que tú generoso y compasivo,

de entre las manos de los indios fieros,
que á saciarse venian con mi sangre,
me arrebató y salvó. Su noble esfuerzo
y su piedad el padre te guardaron:
por él me gozo en ti, por él te veo,
y tú por él disfrutas mis caricias.
O! ¡nunca, nunca tan precioso obsequio
hiciera á mi vejez, muriera entonces
lleno de gloria, y sin la nota al menos
de horrible ingratitud! Mas no me engaño,
que este feo borron solo de Tello
en la historia será, su nombre solo
maldecirán los siglos venideros,
y á par de su memoria aborrecible
irá por siempre el justo menosprecio
que la virtud ofrece á los ingratos.
Sí: yo mi deuda pagaré muriendo,
ya que su vida libertar no pueda.
Ambos en un sepulcro posaremos,
y sobre el frio mármol que nos cubra
la providad escribirá á los tiempos:
Hombres de bien aquí por siempre viven:
la gratitud y el beneficio. Y Tello
lo leerá, se afrentará, y sus letras
querrá borrar con lloro sempiterno.
En vano! ya Macoya habrá finido,
y tu padre tambien, y ya los buenos
habrán clamado: *Maldicion al hombre*
de ingratitud y crueldad. Y el Cielo:
Maldicion, maldicion, habrá clamado.

Tello. Qué pronunciais, señor?

Alvaro. Que te amo, Tello.

ESCENA IV.

coya con prisiones entre algunas guardias, Alvaro, Tello, y poco despues Mozoco y Elmira.

o. Llega, infeliz.
oya. Lo soy porque aun existes.
aro. El es... cuál á su vista me estremezco!
. Repara que es el juez de tu delito,
Tello, con quien hablas.
oya. Siempre veo
opresor en ti, siempre un tirano
el único mortal que yo aborrezco.
ro. ¡O, cuánto temo que sus ciegas iras
logren hoy el fruto de mi ruego!
¿Sabes que está en mi mano tu existencia?
bes que solo de mi voz el eco
estruirla basta?
ya. Sé, cobarde,
así blasonas porque estoy opreso:
que temblaras al mirarme libre,
é que diera esta existencia á precio
no verte jamás.
Arrepentido
usco, y no insolente.
a. Yo no tengo
accion de que deba arrepentirme;
oy tan débil que pudiera hacerlo.
muerte he buscado, la justicia
iestra armó. Mis dioses me trajeron

á vengar las injurias que me hiciste;
mi razon me inflamó, guió mi acero:
mas tu fortuna malogró mi triunfo,
que es el solo pesar que ahora tengo.

Alvaro. Hijo, Macoya, tus furores calma;
implora su piedad, yo te lo ruego.

Macoya. ¿Yo descender pudiera á tal bajeza?
¿Yo mendigar tan miserable aliento
que en nada estimo? porque nada vale
si es condenado á un padecer eterno.

Tello. ¿Veis ya su gratitud? ¿Veis lo que insp
nuestra piedad en sus feroces pechos?
¿Si preso está y aun mi poder insulta,
qué esperaré si en libertad le dejo?
No mas, señor; si conservar quisiereis
sin mas alteraciones ese suelo,
dome el castigo su feroz orgullo;
ponga el rigor á su altivéz un freno.

Alvaro. Tello, atiende la suplica de un padr
él es mi hijo; él es tu hermano.

Macoya. Cielo!
¡Hijo tuyo este vil! ¿Pues quién le ha dad
esa ferocidad? ¿Quién le hizo seno
de todas las maldades de los hombres?
Ah! no le deis el nombre de hijo vuestro,
si el de padre quereis que os dé Macoya.

Tello. Ya es en mí un crímen tanto sufrimien
y pues desprecias las piedades mias...

Elmira. Qué vais á hacer, Señor? no tantos he
de generosidad y de dulzura
borreis con un rigor: ved el despecho
de Macoya grabado en su semblante,

s el que le ofusca este momento:
es el que le dicta estas razones:
l es quien hoy os le presenta reo.
o, señor, posee un alma llena
los mas virtuosos sentimientos:
alma agradecida, un alma digna
vuestra compasion. Ah! sí, doleos
su estado y el mio: acreditadme
stro amor, y en su nombre dulce y tierno,
ndulto me otorgad, que es la postrera
za que por él hacer espero.
a. Qué haces, Elmira? Ah! hiera el fuerte rayo
ristes ojos con que aquí te veo
illada á los pies de este tirano!
á mi vida si á tan alto precio
e comprarse, y pese á tu flaqueza
dió tal vanagloria á ese soberbio.
débil eres, ó tan poco amante
no te atreves á insultar tu ceño
ido con Macoya hasta el sepulcro?
l place á los dioses, nada quiero
u mano cruel: vive tú sola
rta de un oprobio sempiterno:
unida á ese vil, vive llagada
nas justo y atroz remordimiento:
, sella mi muerte: no sus votos
i favor escuches lisongero,
si imprudente mi vivir dilatas,
o lo juro, el tuyo queda en riesgo.
No mas.

Sentándose á sentenciar.

. Señor....

Mozoco. Amigo...
Alvaro. Tello mio,
no con un golpe hieras tantos pechos.
Tello. Esto es preciso ya.
Alvaro. Mira mi llanto:
enjúgale esta vez: oye los ruegos
del paternal amor, y recompensa
con esta gracia todos los desvelos.
Tello. Cumplí con mi deber: este es el fall
cúmplase, obré en justicia y nada temo.

Se levanta, les da el papel y se va.

Alvaro. Hijo cruel!
Elmira. Jóven feroz!
Macoya. Ah, monstruo!
Alvaro. O, Macoya infeliz!
Cayendo en sus brazos.
Macoya. Padre, el aspecto
de la muerte no aterra á los mortales
que obraron bien: el inefable dedo
marcó el fin de mi vida y de mis males;
llegue, que en paz y sin temor le espero
Me separa de ti: pero me deja
en cambio de esa pena, el bien supremo,
de que cierre mis párpados la mano
que yo bendigo y con ternura beso.
Elmira. O, dolor sin igual!
Macoya. Saber aguardo
cuál género de muerte sufrir debo.
Alvaro. Lee tú, Vargas, que el aliento m
cerca está de espirar.

as. Ya os obedezco. *Lee.*
erdono á Macoya, y quiero sea esposo de
mira. — Tello."
ro. Dios mio!
ra. Es ilusion?
co. Qué es lo que escucho!
ya. Será verdad?
as. Señor... *á Alvaro.*
o. Es cierto?
as. Vedlo.
o. ¡O, momento el mas dulce de mi vida!
Quítale las cadenas.
Macoya! O, Elmira!... Ser supremo
uien dimanan las acciones buenas,
te bendigo: sí, bendigo á Tello,
heroismo sin cesar bendigo.
ú mis canas honras, y en mi seno
ozo celestial has derramado.
amos á buscarle, y á sus plantas
tra pura alegría celebremos.

ESCENA V.

Tello y dichos.

En las vuestras, señor, será mas justo
vuele yo á mostraros mi respeto:
Macoya, repara cuánto puede
eligion divina en nuestros pechos:
me dió valor en este instante
triunfar de mis rabiosos zelos,
i pasion, y de mi mismo orgullo:

ella me inspira el noble menosprecio
de tus injurias, y ella en fin me lleva
á estrechar mi rival contra mi seno. *Le ab*
Conoce su poder, y si vencido
de su luz abrazares sus preceptos,
únete á Elmira, y tan dichoso enlace
colme de paz y de ventura el Cielo.

Macoy. Me engañas? ¿Es tu Dios y el Dios de
quien puede así frenar los sentimientos
furiosos y crueles de los hombres?
¿Sus leyes calman los violentos zelos,
y alejan el deseo de venganza?...

Tello. No lo dudes, en mí tienes egemplo

Macoya. Y aun en mí, que admirando su gr
no soy quien fuí, ni del que fui me ac
El sin duda á Macoya ha trastornado
en otro ser, pues el encono fiero
que á ti guardaba, siento convertirse
en amor, en asombro y en respeto.
Ya es mio aquese Dios, y sin violencia
su gran poder y su verdad confieso.
Ya es mio aquese Dios, que en este ins
me enseña á conocer lo que te debo,
y me debo á mí mismo, sí: él me ma
egercer tu virtud, y le obedezco,
premiando con la mia tu fineza.
Elmira, ese es tu esposo; yo le vuelvo
el bien que me cedió: solo él merece
tu hermosura y virtud; ambos le demos
de gratitud esta costosa prueba:
Tu amigo soy, tu hermano y aun tu
Goza de la ventura que te ha dado

bien obrar: en tanto que yo vuelvo
pregonar tus ínclitas hazañas,
traer á tu mando nuevos pueblos,
á dar á conocer al indio rudo
verdad de ese Dios que adoro y creo.

Vase.

. Corre, detenle Vargas: y tú, Elmira,
pon tu corazon en el momento
favor del que elijas por esposo,
es tienes libertad.

ra. Señor, es vuestro:
es libre ya de la promesa mia,
amor que os debí pagaros puedo.

ro. Hijos, al Templo vamos, y en las aras
aquel supremo Dios de los consuelos
eis arder en holocausto suyo
vuestras almas el honesto fuego;
erando en su gracia poderosa
olmará de bienes y contentos:
á á mis canas la indecible dicha
ver unidos dilatados tiempos
i Tello y Elmira, y á vosotros
timacion de todo el indio suelo.

FIN.

En la misma librería se hallarán las comedias siguientes.

Bruto ó Roma libre.
La Viuda de Padilla.
La Novicia ó víctima del claustro.
¿Qué es Constitucion?
El Pelayo.
El Hombre gris.
El imperio de la verdad, ó el Sepulturero.
El viejo y la niña.
El sí de las niñas.
La Zoraida.
El Idomeneo.
La Condesa de Castilla.
La Elmira americana.
La Filantropía.
El Motezuma.